

XI

Cuando estaba en estas alternativas, encontró en el Ministerio, sobre su mesa, «la tarjeta de un caballero que había ido ya dos veces por la mañana»; como le dijo el portero mostrando cierto respeto hacia la siguiente nomenclatura:

C. GAUSSÍN DE ARMANDY

Presidente de los Inmersionistas del valle del Ródano,
individuo del Comité central de estudio y vigilancia, delegado
provincial, etc., etc.

¡El tío Cesáreo en París!... ¡El Fénat, delegado é individuo de un Comité de vigilancial... Aún duraba su estupor, cuando apareció el tío, siempre tan moreno como una piña, son sus ojos de loco, su risa hasta las orejas, su barba del tiempo de la Liga y vistiendo, en lugar de la eterna chaqueta de fustán, un gabán de paño

nuevo, ceñido al vientre, cuya prenda daba al hombrecillo una majestad verdaderamente presidencial.

¿Qué motivaba su viaje á París? La compra de una máquina elevadora para la inmersión de sus nuevas viñas—pronunciaba la palabra «elevadora» con una convicción que le engrandecía á sus propios ojos—y el encargo de su busto, que le pedían sus colegas para adornar la sala del Consejo.

—¿Has visto?—añadió con tono modesto;—me han nombrado presidente... Mi idea de inmersión trastorna á todo el Mediodía... ¡Y decir que soy yo, el Fénat, el que acomete la empresa de salvar los vinos de Francial... Créeme; no hay nada mejor que los que somos medio locos.

Pero el objeto principal de su viaje era la ruptura de Juan con Fanny. Comprendiendo que el asunto se iba haciendo largo, venía á echar una mano. «Yo entiendo de estas cosas, ¿sabes?... Cuando Courbebaisse dejó á la suya para casarse...» Y antes de empezar su historia, y desabrochándose su gabán, sacó una carterita abultada: «Ante todo, toma esto... ¡ajajál dinero... la li-

beración del territorio...» Se equivocó al ver el ademán de su sobrino; entendió que se negaba por discreción. «¡Tómalo! ¡tómalo!... Tengo puesto mi orgullo en devolver al hijo algo de lo que el padre ha hecho por mí... Además, Divonne te quiere. Está enterada del asunto y tan contenta con que pienses casarte y desprender-te de tu vieja lapa.»

Parecióle á Juan un poco injusta aquella expresión «vieja lapa» en boca de Cesáreo, después del favor que le había hecho su querida, y con un poco de amargura le contestó:

—Recoja usted su cartera, tío... Usted sabe mejor que nadie lo poco que le interesan á Fanny estas cosas.

—Sí, era una buena muchacha... dijo el tío por vía de oración fúnebre; y añadió guiñando un ojo:

—Guárdate el dinero de todos modos... Con las tentaciones de París prefiero verlo en tus manos, y no en las mías; y además que hace falta dinero para las rupturas como para los duelos...

Púsose en pie al decir esto, declarando que se moría de hambre y que aquel grave asunto

se discutiría mejor con el tenedor en la mano, almorzando. Siempre veíase en él la ligereza chancera con que el meridional trata los asuntos femeninos.

—Aquí para entre nosotros, chico...—Estaban almorzando en un restaurant de la calle de Borgoña y el tío se ponía á sus anchas con la servilleta al cuello, mientras que Juan curreaba con los dientes, sin apetito ninguno...

—Me parece que tomas la cosa muy por lo trágico. Ya sé yo que el primer golpe es duro, la explicación enojosa; pero si te cuesta mucho trabajo, no digas nada, haz lo que hizo Courbebaisse. Hasta el mismo día de la boda la Mornas no supo nada. Por la noche, al salir de casa de su futura, iba á buscar á la cantante á su café y la acompañaba á su casa. Me dirás que eso no es lo regular, que tampoco es muy leal. Pero cuando no gustan las reyertas, y con mujeres tan terribles como Paola Mornas... Hacía cerca de diez años que aquel buen mozo temblaba ante aquella morenilla. Para desenredarse había que ser astuto, maniobrar... Y mira cómo se las arregló:

La víspera de la boda, que era el día de la

Asunción, día de fiesta, Cesáreo propuso á la chicuela ir á pescar para hacer una fritada en el Yoctte. Courbebaisse debía venir á reunirse con ellos para comer, y volverían los tres al día siguiente por la tarde, cuando París hubiese evaporado su olor de polvo, de cañas de cohetes quemadas y de aceite de las iluminaciones. Acepta. Y hételos ya á los dos tendidos en la hierba al borde de aquel arroyo que bulle y reluce entre sus ribazos y los sauces tan poblados de hojas. Después de la pesca, el baño. No era la primera vez que nadaban juntos Paola y él, como buenos amigos, como camaradas; pero aquel día, aquella Mornas, con los brazos y las piernas desnudas, y su cuerpo de infiel hecho á torno, al que ajustaba por todas partes su mojado traje de baño... acaso también la idea de que Courbebaisse le había dado carta blanca... ¡Ah, pícaral... Se volvió, miróle, y con acritud:

—Oiga, Cesáreo: no vuelva V. á intentarlo.

No insistió, temeroso de echar á perder su asunto, y se dijo: «Será después de comer.»

La comida fué muy alegre, en el balcón de madera de la posada, entre las dos banaerds

que el posadero había enarbolado aquel día en honor de la Asunción, Hacía calor, el heno olía bien y se oían los tambores, los petardos, la música del orfeón que andaba por las calles.

«¿Hay algo más fastidioso que ese Courbebaisse con no venir hasta mañana? decía la Mornas, que se desesperaba chispeándole el Champagne en los ojos... Yo tengo ganas de divertirme esta noche.

—¿Pues no estoy aquí yo?

Habíase acercado para apoyarse junto á ella sobre la balaustrada del balcón, que quemaba aún con el calor del sol de todo el día, y astutamente pasaba el brazo alrededor del talle: «¡Oh, Paola... Paola!...» Esta vez, en lugar de incomodarse, la cantante se echó á reír, pero tan fuertemente, tan de corazón, que acabó por imitarla. Idéntica tentativa, rechazada del mismo modo, por la noche, al volver de la fiesta, en la que bailaron y comieron mostachones; y como sus cuartos estaban inmediatos, cantábasele ella por el tabique: *T'es trop p'tit, t'es trop p'tit...* y toda clase de comparaciones denigrantes entre él y Courbebaisse. Conteníase para no contestar, llamándola la viuda de Mornas; pero

todavía era pronto. Al día siguiente, sí, al instalarse ante un buen almuerzo, mientras que Paola se impacientaba y mostrábase al fin inquieta al ver que no llegaba su querido, con cierta secreta satisfacción sacó su reloj y dijo solemnemente:

—Las doce; ya está hecho...

—¿El qué?

—Se ha casado.

—¿Quién?

—Courbebaisse.

—¡Cataplúm!

—¡Ah, querido, qué bofetón!... En todas mis aventuras galantes no recibí otro igual. Y en seguida, cátrate que quiere marcharse, pero no había tren hasta las cuatro... Y en este tiempo el desleal calentaba los rails de la luna de miel hacia Italia con su mujer. Entonces, furiosa, golpéame y me araña:—¡Vaya una suertel... —¡Y yo que había cerrado con llave nuestro cuartol... Después la emprende con la vajilla, y cae, por último, con un ataque de nervios espantoso. Entre cinco la llevamos á una cama, la sujetamos, mientras que yo, arañado como si saliera de un zarzal, corro á buscar al médico

de Orsay... En estos asuntos pasa lo mismo que en el terreno del honor; sería necesario llevar su médico. ¡Imagínate tú, por los caminos, en ayunas y con un soll... Era ya de noche cuando lo llevé... De pronto, al acercarnos á la posada, oímos un rumor de gentío, y vimos una multitud bajo las ventanas... ¡Ah, Dios mío, se ha suicidado! ¿Ha matado alguno? Con la Mornas esto último era lo más verosímil... Me apresuro, y ¿qué es lo que veo?... El balcón cargado de farolillos venecianos y la cantante de pie, consolada y magnífica, envuelta en una de banderas y berreando la *Marsellesa*, en plena fiesta imperial, dominando al pueblo, que aplaudía.

Y mira tú cómo se terminó el enredo de Courbebaisse: no diré yo que se concluyó del todo. Después de diez años de cadena, hay que contar siempre con un poco de vigilancia. Pero, en fin, lo más fuerte de la cosa lo recibí yo: y recibiré otro tanto por tu cuenta, si quieres.

—¡Ah, tío! No es la misma clase de mujer.

—¡Anda, tonto!—dijo Cesáreo destapando una caja de cigarros y llevándoselos á la oreja

para asegurarse de que estaban secos:—no eres tú el primero que la deja...

—Es verdad...

Y se repetía Juan esta reflexión, que le hubiese desesperado algunos meses antes. En el fondo, el tío y su cómica historia le tranquilizaban algún tanto; pero lo que no aceptaba era la mentira por partida doble por cierto tiempo, y aquella hipocresía, aquella partición á las que no podía resolverse jamás, y ya estaba prolongando demasiado.

—Entonces, ¿cómo quieres hacerlo?

Mientras que el joven bregaba con estas incertidumbres, el individuo del Consejo de vigilancia alisábase la barba, ensayaba sonrisas, efectos, actitudes de cabeza, y luego, con tono negligente:

—¿Vive muy lejos de aquí?

—¿Quién?

—¡Diantre! Ese artista, ese Caoudal del que me has hablado para mi busto... Podríamos ir á saber el precio, ya que estamos juntos...

Caoudal, aunque célebre, gran derrochador, seguía viviendo siempre en la calle de Assas, en el estudio donde obtuvo sus primeros triun-

fos. Cesáreo, por el camino, informábase de su valor artístico: daría lo que le pidieran, ciertamente, pero esos señores del Comité querían una obra de primer orden.

—¡Oh! No tema usted nada, tío; si Caoudal quiere encargarse de ello...

Y enumerábale los títulos del escultor, individuo del Instituto, comendador de la Legión de Honor y de multitud de Ordenes extranjeras. El Fénat abría unos ojos enormes.

—¿Y sois amigos?

—Muy amigos.

—¡Este París no se paga con nada!... ¡Que fácilmente se adquieren buenas relaciones!

Gaussín hubiérase avergonzado, no obstante, al confesar que Caoudal era un antiguo amante de Fanny, y que ella los había puesto en relaciones de amistad. Pero dijérase que Cesáreo pensaba en ello:

—¿Ese es el autor de aquella Safo que tenemos en Castelet?... Entonces conoce á tu querida, y tal vez pudiera ayudarte para la ruptura. El Instituto, la Legión de Honor, eso impresiona siempre á una mujer...

Juan no contestó, acaso pensando también en utilizar la influencia del primer amante.

Y el tío proseguía riéndose:

—Á propósito: ¿no sabes tú que el bronce no está ya en casa de tu padre?... En cuanto Divonne se enteró, en cuanto tuve la mala ocurrencia de decirla que representaba á tu querida, no quiso ya que estuviera allí... Con las manías del Cónsul y las dificultades que opone al menor cambio, no era fácil hacerlo, sobre todo sin que pudiese sospechar el motivo... ¡Oh, las mujeres!... Tan bien se las ha compuesto, que á estas horas M. Thiers es el que preside sobre la chimenea, y la pobre Safo se llena de polvo en el cuarto del viento, con los morillos viejos y los muebles de desecho; hasta recibió un golpe en la mudanza y se le ha roto el moño, y la lira no se sostiene. Sin duda el odio de Divonne le habrá dado esa mala suerte.

Llegaron á la calle de Assas. Ante el aspecto humilde y trabajador de aquel barrio de artistas, aquellos talleres con sus puertas cocheras numeradas, abriéndose á los dos lados de un largo patio que terminan los vulgares edificios de una escuela municipal en perpetuas melopeas

de lecturas, el presidente de los inmersionistas vióse acometido de nuevas dudas acerca del talento de un hombre que se alojaba tan medianamente; pero en cuanto entró en casa de Caoudal, supo á qué atenerse.

—¡Ni por cien mil francos, ni por un millón!—gritaba el escultor á la primera palabra de Gaussín; y levantando acompasadamente su corpachón del sofá en que se tumbaba en medio del desorden y el abandono del taller. «¡Un busto!... ¡Por supuesto!... Mire usted allá en el fondo aquel montón de yeso hecho pedazos... es mi figura para la Exposición próxima, y acabo de demolerla á golpes con el mazo... ¡Ah! tienen ustedes el caso que hago yo de la escultura! Y por muy tentadora que sea la caricatura del señor...

—Gaussín de Armandy... presidente...

El tío pretendía enumerar todos sus títulos, pero tenía demasiados; Caoudal le interrumpió, y volviéndose hacia el joven,

—Me mira usted, Gaussín...? ¿Me encuentra usted envejecido...?

Lo cierto era que representaba su edad en aquella luz que caía de lo alto sobre las cicatri-

ces, arrugas y rasguños de su cabeza vividora y atropellada, su melena de león que tenía raspaduras de tapiz viejo, sus carrillos colgantes y flojos y su bigote de color de metal desdorado, que ya no se tomaba el trabajo de rizar ni de teñir... ¿Para qué...? Cousinard, la modelo, acababa de dejarle, «Sí, querido; se ha marchado con mi moldeador, un salvaje, un bruto... ¡pero tiene veinte años...!

Con entonación furiosa é irónica recorría á grandes pasos el taller, dando un puntapié al taburete que le estorbaba al paso. De pronto, deteniéndose ante el espejo de marco de cobre que había encima del sofá, se miraba con espantoso gesto: «¡Qué feo estoy, qué estropeado! Vaya unos cordeles, una papada de vaca vieja...!» Cogíase á puñados el cuello, y luego, con acento lamentable y cómico y presunción de buen mozo viejo que llora por sí mismo: «¡Y pensar que el año que viene echaré de menos esto...!»

El tío estaba asustado. ¡Aquel académico que se desesperaba y contaba amoríos! Había, pues, locos en todas partes, hasta en el Instituto; y su admiración hacia el grande hombre amenguá-

base por la simpatía que experimentaba por sus debilidades.

—¿Cómo está Fanny...? ¿Siguen ustedes en Chaville...?— dijo Caoudal aplacándose de repente y yendo á sentarse junto á Gaussín, dándole palmadas en el hombro familiarmente.

—¡Ah, la pobre Fanny! No nos queda mucho tiempo de vivir juntos...

—¿Se marcha usted?

—Sí, muy pronto... y me casaré antes... Es preciso que la deje.

El escultor dió una carcajada feroz.

—¡Bravo! Eso me pone contento... Vénganos, muchacho; vénganos de esas tunantas. ¡Déjalas, engáñalas, y que lloren esas miserables! Nunca les harás tanto daño como hacen á los demás.

El tío Cesáreo triunfaba.

—Ya lo ves... El señor no toma las cosas tan trágicamente como tú... ¿Ha visto usted qué inocente...? ¡Lo que le contiene para irse es el temor de que se mate!

Juan confesó sencillamente lo mucho que le había impresionado el suicidio de Alicia Doré.

—No es lo mismo—dijo Caoudal con viveza.—Aquella era una mujer triste, una perezosa con las manos caídas... Una pobre muñeca sin relleno... Déchelette se equivocó creyendo que se mataba por él... Fué un suicidio por cansancio y aburrimiento de la vida. Mientras que Safo... ¡Matarse!... ¡Ah! Ni por pienso. Le gusta mucho el amor, y arderá hasta el fin, hasta las arandelas. Es de la raza de los galanes jóvenes, que nunca cambian de papel y concluyen sin dientes, sin pestañas, representando siempre igual papel. Míreme usted á mí... ¿Acaso me mato yo...? Por más que me haya disgustado, sé muy bien que al marcharse esa tomaré otra, que necesitaré una siempre... Su querida de usted hará lo que yo hago... Lo ha hecho ya otras veces... Sólo que, como ya no es joven, le costará más trabajo.

El tío continuaba triunfando.

—Ya estás tanquilizado, ¿eh?

Juan nada decía, pero estaban vencidos sus escrúpulos y tomaba su resolución. Íbanse ya cuando el escultor volvió á llamarlos para enseñarles una fotografía recogida sobre el polvo de su mesa, y que limpiaba con el revés de la

manga: «¡Aquí está... Ésta es! ¿Puede ser más linda la tunanta...? Hay que arrodillarse ante ella... ¡Estas piernas, este pecho!» Y era terrible el contraste de aquellos ojos ardientes, de aquella voz apasionada, con el temblor senil de los gruesos dedos de espátula, entre los que temblaba la sonriente imagen, de hoyuelos acolchados, de la modelo Coussinard.

XII

—¿Eres tú?... ¡Qué temprano vienes!

Acudía desde el extremo del jardín con la falda llena de manzanas caídas y subía la escalera muy deprisa, un tanto intranquila por la cara á la vez contrariada y complacida de su amante.

—¿Qué pasa?

—Nada, nada... Es este tiempo, este sol... He querido aprovechar el último día hermoso para que demos los dos un paseo por el bosque... ¡Quiéres?

Lanzó ella su grito de chiquillo de la calle, que repetía siempre que estaba contenta: «¡Oh! La mar...» Hacía más de un mes que no habían salido, bloqueados por la lluvia y las tormentas de Noviembre. No siempre era divertido el campo: tanto valiera vivir en el arca con los

animales de Noé... Tenía que hacer algunas recomendaciones á la cocinera, porque los Hetema estaban convidados á comer; y mientras que la esperaba fuera en el Empedrado de los Guardas, miraba Juan la casita reanimada con aquella luz suave de otoño, la calle del campo, de anchas losas musgosas, teniendo en sus ojos esa mirada de despedida, que abraza y dota de memorias y recuerdos los sitios que vamos á abandonar.

Por la ventana de la sala, abierta de par en par, salían las vocalizaciones de la oropéndola, alternando con las órdenes de Fanny á la asistente: «Sobre todo, no olvide usted que esté todo para las seis y media... Primero servirá usted la gallina... ¡Ah! Voy á darle á usted la mantelería...» Resonaba su voz, clara y feliz, entre los chisporroteos de la cocina y los píos del pájaro que se espulgaba al sol. Y le oprimían el corazón aquellos preparativos de fiesta, á él, que sabía que de su vida común quedaban dos horas escasas.

Tuvo intenciones de volver á entrar, de decirse todo, allí, de una vez; pero temió los gritos, la espantosa escena que oiría la vecindad,

el escándalo que sublevaría al Chaville alto y bajo. Sabía que una vez fuera de sí no la importaba nada de nada, y se atuvo á su plan de llevársela al bosque.

—Vamos... ya estoy...

Ligera, cogió su brazo, advirtiéndole que hablase bajo y anduviese de prisa al pasar por delante de la casa de sus vecinos, temerosa de que Olimpia quisiera acompañarles y estorbar aquel buen paseo. No se tranquilizó hasta que pasó el Empedrado y el terraplén del samino de hierro, y volviendo á la izquierda, entraron en el bosque.

Hacía un día templado, radiante, un sol que pasaba por entre una bruma plateada y flotante, que bañaba toda la atmósfera, se enredaba en el tallar, donde en algunos árboles, entre sus doradas hojas aún sujetas á la rama, había nidos de picazas, grupos de muérdago verde á grandes alturas. Oíase el pío continuo de un pájaro, un ruido de lima y esos picotazos en la madera que contestan al leñador en la copa del árbol.

Iban despacio, marcándose sus pisadas en la tierra humedecida por las lluvias de otoño.

Tenía calor, por haber venido tan deprisa, y encendidas las mejillas, brillantes los ojos, se detuvo para quitarse la gran mantilla de blonda, un regalo de Rosa, con la cual se había cubierto la cabeza al salir, resto frágil y costoso de los esplendores pasados. El traje que llevaba, un mísero traje de seda negra, que había saltado debajo de las mangas, por la cintura, estaba viéndoselo puesto desde hacía tres años: y cuando se lo levantaba, pasando delante de él para evitar algún charco, veía los tacones de sus botinas, que estaban torcidos.

Había acogido alegremente aquella semi-miseria, sin pesar ni queja, ocupándose de él, de su bienestar, nunca más dichosa que cuando rozaba el cuerpo con el suyo, cruzando ambas manos sobre su brazo. Y preguntábase Juan, al verla rejuvenecida con aquel renuevo de sol y amor, qué subida de savia era la que había en semejante criatura; qué maravillosa facultad de olvido y de perdón, que la permitía conservar tantá alegría, tanta despreocupación, después de una vida de pasiones, de atajos y de lágrimas, todo ello marcado ya en su rostro, pero

borrándose á la menor expansión de alegría.

—Es un cepe; te digo que es un cepe...

Entraba en el bosque, hundíase hasta las rodillas en las hojas muertas; volvía despeinada y herida por los espinos, y le mostraba la redecilla al pie del hongo con la que se distingue el verdadero cepe del falso: «¿Lo ves? ¡Tiene tull...» Y triunfaba.

No la escuchaba, distraído, preguntándose: «¿Es ya el momento oportuno?... ¿Ahora?» Pero le faltaba el valor, se reía ella demasiado, ó el sitio no era el más á propósito: y la llevaba más lejos, como un asesino que medita un golpe.

Iba á decidirse, cuando al volver de una alameda presentóse un individuo y lo impidió; el guarda de aquella plantación, Hohecorne, al que se encontraban algunas veces. Un pobre diablo que había perdido sucesivamente, en la casita de guardabosque que le daba el Estado, junto al estanque, dos hijos y luego su mujer, víctimas de las mismas fiebres perniciosas. Desde la primera muerte, el médico declaró insalubre la vivienda, demasiado cerca del agua y de sus emanaciones; y á pesar de los certificados y comunicaciones, habíanle dejado seguir allí dos

años, tres años, el tiempo preciso para ver morir á todos los de su familia, excepto una niña con la cual acababa, por fin, de instalarse en una casa nueva á la entrada del bosque.

Hochecorne, con cara de bretón terco, ojos claros y animosos, frente espaciosa bajo su gorra de uniforme, verdadero tipo de fidelidad, de superstición á todas las consignas, llevaba al hombro, y cogido por la culata, su fusil, y en el hombro izquierdo reclinábase la cabeza de su hija, que llevaba también en brazos.

—¿Cómo estás?— preguntó Fanny sonriendo á la niña de cuatro años, palidecida y adelgazada por la fiebre. La niña se despertó abriendo sus grandes ojos, rodeados por un cerco amoratado. El guarda suspiró.

—No anda muy bien... Por más que la llevo á todas partes conmigo... Ahora ya no come, y no le gusta nada; hay que creer que era ya tarde para hacerla cambiar de aires, y que ya tenía la enfermedad... ¡Pesa tan poco! Mire usted, señora, parece una hoja... Cualquiera día de éstos levanta el campo como los otros... ¡Dios mío!...

Este «¡Dios mío!» en voz baja entre el bigo-

te, era toda su irritación contra las crueldades de las oficinas y de los burócratas.

—Tirita, parece que tiene frío.

—Señora, es la fiebre.

—Espere usted, vamos á abrirla...—Cogió su mantilla, que llevaba colgando al brazo, y envolvió con ella á la niña.—Sí, sí, deje usted... más adelante la servirá para velos de desposada...

El padre sonrió desconsolado, y moviendo la mano de la niña que volvía á dormirse, lívida, envuelta en aquella blancura, como una muertecita, hacía decir «gracias» á la señora y se alejaba después con un «Dios mío» que se perdía entre el crujido de las hojas secas bajo sus pies.

Fanny no estaba ya contenta, estrechándose con él con toda esa ternura miedosa de la mujer, cuya emoción de tristeza ó alegría le acerca al que ama. Juan pensaba: «¡Qué buena muchacha!...» pero sin vacilar en sus decisiones, antes por el contrario afirmándose en ellas, porque en la cuesta de la alameda por la que acababan de penetrar surgía la imagen de Irene, el recuerdo de la radiante sonrisa que encontró allí mismo, y que se apoderó de su ser en seguida, an-

tes de que hubiera llegado á conocer el profundo encanto que en ella había, y el íntimo manantial de inteligente dulzura. Pensó que había esperado hasta el último momento, que hoy era jueves... «Vamos, es preciso...» y descubriendo una explanada á corta distancia, fijóse la como último límite.

Un claro, hecho por un corte de leña, árboles derribados en medio de astillas, sangrientos restos de corteza y haces de leña menuda, agujeros de carboneo... Un poco más abajo se veía el estanque, del que salía una niebla blanca, y á la orilla la casita abandonada, cayéndosele á medias el tejado, rotas y abiertas las ventanas; el lazareto, en fin, de los Hochecorne. Luego el bosque seguía subiendo hacia Vélizy, un gran ribazo de vedijas rojas, de alto oquedal estrecho y triste... detúvose buscamente:

—¿Vamos á descansar un poco?

Se sentaron sobre un gran leño derribado, un añoso roble cuyas ramas se contaban por las heridas del hacha. El sitio era templado, alegrado por pálida reverberación luminosa y un perfume de violetas marchitas.

—¡Qué bien se está aquí!...—dijo ella apo-

yándose en su hombro y buscando sitio para besarle en el cuello. Echóse él atrás y la cogió la mano. Entonces, ante la dura expresión de su rostro, se asustó.

—¿Cómo? ¿Qué pasa?

—Una mala noticia, pobre amiga mía... Hedoufn, sabes, el que se marchó en mi lugar...

Hablaba trabajosamente, con voz ronca, cuyo sonido le sorprendía á sí mismo, pero que se afirmaba al terminar el relato preparado de antemano... Hedoufn había caído enfermo al llegar á su destino, y él estaba nombrado oficialmente para reemplazarle... Le pareció más fácil decir esto, y menos cruel que la verdad. Escuchóle hasta el fin sin interrumpirle, con una palidez gris en el rostro, y los ojos fijos.

—¿Cuándo te vas?—preguntó retirando su mano.

—Pues esta tarde... esta noche...

Y con voz falsa y doliente añadió:

—Pienso pasar veinticuatro horas en Castelet, y luego embarcarme en Marsella...

—¡Basta, no mientas más!—gritó con explosión feroz que la puso en pie;— no mientas más, porque no sabes... La verdad es que te casas...

Hace mucho tiempo que tu familia trabaja para esto... Tienen tanto miedo de que yo te retenga, que te impida ir á buscar el tifus ó la fiebre amarilla... En fin, ya están satisfechos... La señorita será de tu gusto, hay que creerlo así... Y cuando pienso en los lazos de corbata que te hacía los jueves... ¡Qué tonta era yo! ¿Eh?

Refase con risa dolorosa, atroz, que torcía su boca, mostraba el hueco que hacía á un lado la rotura, reciente sin duda, por que no la había visto hasta entonces, de uno de sus bellos dientes nacarados, de que se mostraba tan envanecida: y aquello, este diente que faltaba en sus facciones terrosas, hundidas, desencajadas, prodújole á Gaussín un disgusto horrible.

—Escúchame—dijo volviendo á coger sus manos, sentándola á la fuerza junto á él...—Pues bien; sí, me caso... Mi padre lo deseaba, ya lo sabes; ¿pero á tí qué te importa, puesto que yo debía marcharme?...

Desasíóse, queriendo conservar su cólera.

—¡Y para decirme esto me has hecho andar una legua por monte atraviesal... Tú dijiste: «Así al menos no la oirán, si grita... No, ya lo ves... Ni un grito, ni una lágrima. En primer lu-

gar, que ya estoy hasta los pelos de lo buen mozo que eres... Puedes marcharte; no seré yo la que te haga volver... Vete á las islas con tu mujer, tu nena, como dicen en tu tierra... ¡Debe ser decente tu niña!... Fe! como una gorila, ó quizás esté preñada hasta la cintura... Porque tú eres tan crédulo como los que te la han elegido.

Ya no se contenía, lanzándose en un desbordamiento de insultos, de infamias, hasta que llegó á no poder balbucear más que las palabras «cobarde... embustero... cobarde...» en pleno rostro, provocándole como cuando se enseñan los puños.

Tocábale á Juan escuchar sin decir nada, sin hacer ningún esfuerzo para contenerla. Le gustaba más así, insultante, innoble, la verdadera hija del tío Legrand; la separación sería menos cruel... ¿Tuvo ella conciencia de esto? El caso es que enmudeció de pronto y cayó, echando la cabeza y el busto hacia adelante, en las rodillas de su amado, con un gran sollozo que la estremeció de pies á cabeza, del cual brotó una queja entrecortada.

—¡Perdóname, compasión!... Yo te quiero, no tengo á nadie más que á tí.. Amor mío, vida

mía, no hagas eso... No me dejes... ¿Qué va á ser de mí?

Le dominaba la emoción... ¡Oh! Esto es lo que él había temido... Las lágrimas comunicábanse de los ojos de ella á los suyos, echaba hacia atrás la cabeza para retenerlas en sus extraviadas pupilas, procurando consolarla con frases estúpidas, y siempre repetía aquel argumento razonable: «Pero, puesto que yo debía marcharme...»

Irguióse con este grito, que descubría toda su esperanza.

—¿Y qué? No te habrías ido. Yo te hubiera dicho: «Espera, déjate amar aún...» ¿Cree tú que se encuentra dos veces eso de ser amado como yo te amo?... Tienes tiempo para casarte: ¡eres tan joven!... Yo, muy pronto, estaré consumida... No podré más, y entonces nos separaríamos naturalmente.

Quiso levantarse; tuvo este valor y el de decirle que todo lo que hacía era inútil; pero agarrándose á él, arrastrándose arrodillada por el lodo que había en aquella hondonada del valle, le obligaba á volver á su sitio, y ante él, entre sus piernas, con el aliento de sus labios y el vo-

luptuoso abrazo de sus ojos y caricias infantiles, poniendo las palmas de las manos en aquel rostro que se endurecía, los dedos en sus cabellos, en su boca, trataba de remover las frías cenizas de su amor, repetíale en voz baja las pasadas delicias, el despertar sin fuerzas, el extenuado enlace de sus tardes de los domingos. Todo esto no era nada en comparación de lo que ella le daría todavía; sabía otros besos, otras embriagueces; las inventaría para él...

Y mientras que le cuchicheaba esas palabras que oyen los hombres á la puerta de los lupanares, corrían gruesas lágrimas por su cara, en que se expresaba la agonía y el terror: forcejeaba, gritaba con voz delirante. «¡Oh, que no sea cierto eso... dime que no es verdad que me dejas!...» Y continuaban los sollozos, los gemidos, las voces de auxilio, como si le estuviera viendo un cuchillo en las manos.

No estaba el verdugo más animoso que la víctima. No temía su cólera más que sus caricias pero estaba indefenso contra esta desesperación, esta brama que poblaba los ecos del bosque é iba á morir en el agua estancada y febrífuga, sobre la que descendía un sol triste y rojizo.

Ya presumía sufrir; pero no con tanta agudeza; y érale preciso todo el deslumbramiento del nuevo amor para resistirse á levantarla con ambas manos y decirla: «Me quedo; cállate, me quedo.»

¿Cuánto tiempo llevaban de extenuarse así los dos?... No era ya el sol más que una franja cada vez más estrecha en el Poniente; teñíase el estanque de color gris de filigrana, y hubiérase dicho que su emanación insana invadía el páramo y el bosque y los ribazos de enfrente. En la sombra que los envolvía, no veía más que aquel rostro pálido levantándose hacia él, aquella boca abierta, clamando con una queja inagotable. Poco después, al llegar la noche, aplacáronse los gritos. Ya sólo era un ruido de lágrimas á mares, sin fin, una de esas largas lluvias que empiezan con el gran estruendo de la tormenta, y de vez en cuando un «¡Oh!...» profundo y sordo, como precursor de algo horrible que rechazaba y volvía siempre á presentarse á su vista.

Luego, nada más. Se acabó: la fiera había muerto... Una ráfaga fría levántase, roza las ramas, trayendo el eco de una hora lejana.

—Vamos, ven, no estés ahí.

La levantó suavemente, sintiéndola flácida en sus

brazos, obediente como un niño y convulsionada con grandes suspiros. Parece que tiene cierto miedo, cierto respeto al hombre que acaba de mostrarse tan fuerte. Marcha á su lado, siguiendo su paso, pero con timidez, sin darle el brazo; y al verlos así, vacilantes y sombríos por las alamedas, en las que le sirven de guía el amarillento reflejo de la tierra, dijéranse un par de aldeanos que regresan rendidos por un largo trabajo al aire libre.

En la linde vése una claridad, la de la puerta abierta de la caseta de Hochecorne, alumbrando la silueta fija de dos hombres: «¿Es usted, Gaus-sín?» pregunta la voz de Hettema, que se acerca con el guarda. Empezaban á estar inquietos al no verlos volver, y por aquellos gemidos que oían en el bosque, Hochecorne iba á coger su carabina y á ponerse en su busca...

—Buenas noches, caballero, señora... la niña muy contenta con su chal... Ha sido preciso acostarla con él...

Lo último que hicieron juntos, aquel acto de caridad realizado en común momentos antes, uniendo sus manos por última vez alrededor de aquel cuerpecillo moribundo.

—Adiós, adiós, tío Hohecorne.—Y apretaron el paso los tres hacia la casa; Hettema, muy preocupado de aquellos clamores que poblaban el bosque: «Unas veces penetrantes, otras amortiguados; hubiérase dicho que degollaban á un animal... Pero, ¿cómo no lo han oído ustedes?»

Ninguno de los dos contesta.

Al entrar en el Empedrado de los Guardas, Juan titubea.

—Quédate á comer...—le dice en voz baja, suplicante... «El tren ha pasado ya... Te irás en el de las nueve.»

Entra con ellos. ¿Qué puede temer? No se repiten escenas semejantes, y lo menos que puede hacer es concederla este corto consuelo.

La sala está caliente, la lámpara luce bien y el ruido de sus pasos por la travesía ha prevenido á la criada, que lleva la sopa á la mesa.

—¡Por fin están ustedes aquí!...—dice Olimpia sentada ya, con la servilleta puesta sobre sus cortos brazos. Destapa la sopera y se detiene de pronto, lanzando este grito: «¡Dios mío, querida!...»

Desencajada y envejecida de diez años, con los párpados hinchados y sanguinolentos, enlo-

dado el traje hasta el cabello, con el desorden asustado de la ramera que acaba de librarse de una caza de agentes de policía, así se presenta Fanny. Respira un momento; sus pobres ojos quemados, parpadean á la luz, y poco á poco el calor de la casita, aquella mesa alegremente puesta, provocan el recuerdo de los buenos días, un nuevo impulso de llanto, en que se distinguen estas palabras:

—Me deja... se casa.

Hettema, su mujer, la campesina que los sirve, se miran, miran á Gaussín. «En fin, comamos», dice el hombre obeso cuyo enojo se advina; y el ruido de las cucharadas voraces únese al de una agitación de agua en el cuarto inmediato, donde Fanny está lavándose la cara. Cuando vuelve azulada de polvos, con blanca bata de lana, los Hettema la espían con angustia, esperando alguna nueva explosión, y se sorprenden mucho al ver que no dice palabra, y se abalanza á los manjares glotonamente, como un náufrago, llenando el vacío de pena y el abismo de sus gritos con todo lo que tiene á su alcance, el pan, las coles, un alón de gallina, manzanas, «come, come...»

Háblase primero con entonación violenta, luego más libremente, y como con los Hetteima no se puede conversar más que de cosas muy comunes y materiales, sobre el modo de hacer la fruta de sartén con almíbar, ó si la crin es mejor que la pluma para dormir, llégase sin tropiezos al café, que el grueso matrimonio exorna con un caramelo saboreado lentamente, poniendo los codos en la mesa.

Gusto da ver la buena mirada confiada y tranquila que cambian entre sí aquellos pesados compañeros de pesebre y pajaza. ¡Ellos sí que no tienen ganas de separarse! Juan sorprende esta mirada, y en la intimidad de la sala, llena de recuerdos, de adquiridas costumbres que se quedaban en todos los rincones, una dejadez de cansancio, de digestión, de bienestar, le acometió. Fanny, que le observa, acerca dulcemente la silla, enlázale las piernas, desliza su brazo en el suyo.

—¿Oyes?—dice él bruscamente:—las nueve... Pronto... adiós... te escribiré.

Ya está de pie, fuera, en la calle, tanteando en la sombra para abrir la barrera de paso. Dos brazos le ciñen por en medio del cuerpo. «Abrazame siquiera...»

Vése cogido entre la suelta bata, dentro de la cual se la siente desnuda, impregnado de aquel olor, de aquel calor de carne de mujer, trastornado por aquel beso de adiós, que le deja en los labios sabor de fiebre y de llanto; y ella dícele en voz baja, viéndole débil: «Una noche más siquiera; nada más que una...»

—Una señal en la vía... ¡Es el tren?...

¿Cómo tuvo fuerza para desasirse, para abanzarse á la estación, cuyos faroles lucían á través de las ramas deshojadas? Aún se maravillaba de ello, palpitante en un rincón del vagón, acechando por la portezuela las alumbradas ventanas de la casita, una forma blanca junto á la barrera... «¡Adiós, adiós!...» Y este grito tranquilizaba el silencioso terror que acababa de experimentar en aquella curva de los rails, al ver á su querida en el sitio fijado por su presentimiento de muerte.

Sacando la cabeza, veía huir, y disminuir y rodar en el apelonamiento de las tierras su pequeño pabellón, cuya luz no era ya más que una estrella perdida. De pronto sintió una alegría, un alivio enorme. ¡Cómo se respiraba, qué hermoso era todo aquel valle de Meudón y

aquellos grandes ribazos negros, que dibujaban á lo lejos un triángulo brillante de innumerables luces, desgranándose en cordones regulares hacia el Sena! Irene le esperaba allí, y él iba hacia ella con toda la velocidad del tren, con todo su deseo de enamorado, con todo su impulso hacia la vida joven y honrada...

¡París!... Hizo parar un coche para que le llevase á la plaza de Vendôme. Pero á la luz del gas apercibióse de su traje, de sus zapatos cubiertos de lodo, un lodo pesado, espeso, todo su pasado, que aún le detenía pesada y suciamente. «¡Oh, no, esta noche no!» Y volvió á su antiguo hospedaje de la calle de Jacob, donde el Fénat le había alquilado un cuarto junto al suyo.

XIII

Al día siguiente, Cesáreo, que se había encargado de la delicada comisión de ir á Chaville á recoger el equipaje y los libros de su sobrino, y á consumir la ruptura con la mudanza, volvió muy tarde, cuando ya Gaussín empezaba á inquietarse con toda clase de suposiciones locas ó siniestras. Por último un carruaje con baca pesado como un carro fúnebre, torció por la esquina de la calle Jacob, cargado de cajas atadas y un enorme baúl que reconoció ser el suyo, y apareció el tío, que se mostraba misterioso y afligido.

«He tardado más para recogerlo todo de una vez y no verme obligado á volver...» Luego, mostrando los cajones que dos mozos iban colocando en el cuarto: «Aquí la ropa blanca, las prendas de vestir, allí tus papeles, tus libros...